



Niños maltratados

Nos fascina la sonrisa de los niños, su ingenuidad limpia, su capacidad de disfrutar de la vida. La risa de los niños es música pura. ¿Quién no añora los años de la niñez? Jesús mismo propuso a los niños como modelo de acogida franca del Reino de Dios.

Pero no todos los niños del mundo gozan de una infancia positiva. Hay los niños maltratados. Que son millones. Cifras tan escalofrantes que ni el mayor esfuerzo imaginativo puede intuir la magnitud de este desastre humano.

Niños robados de sus sueños y de su alegría. Niños embrutecidos por un trabajo extenuante. Niños sexualizados en una edad muy temprana. Niños embrutecidos como soldados prematuros en las cínicas guerras

del mundo. Niños abandonados a la calle, sobreviviendo como animalitos sin dueño.

Niños marchitos por el egoísmo o la irresponsabilidad de los mayores. Niños a quienes se les apagó la alegría. Niños sin capacidad de soñar. Niños acorralados por una vida cruel. Niños que tuvieron la desventura de nacer en el tiempo y el sitio equivocados.

Esa inmensa marea negra de niños tronchados, excluidos, abusados se convierte en un índice acusador contra nuestro mundo ingrato que permite tales crímenes monstruosos.

ONU, UNICEF, OIT, Casa Alianza y otras organizaciones internacionales publican reportajes sobre el abuso a la infancia, que parecerían de-

lirantes, si no fuera porque son instituciones serias y creíbles.

Es tan abrumador este desastre infantil que uno se siente paralizado, impotente. Basta con recorrer las calles de nuestras desordenadas capitales para ver pulular niños macilentos, sucios, drogados, tristes, duros.

Los salesianos intentamos ofrecer una ayuda, tal vez parecer mínima comparada con la inmensidad de ese drama humano, pero válida si se trata de salvar alguna vida violentada.

En cada país de Centro América los salesianos hemos organizado espacios de recuperación para menores desafortunados. Con proyectos variados, estilo salesiano y apoyados por colaboradores laicos de gran talla moral, estamos logrando que algunos niños y jóvenes aprendan a sonreír y se abran a la esperanza.

Heriberto Herrera